



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

A LA IZQUIERDA, DONDE EL CORAZÓN

LEONHARD FRANK

TRADUCCIÓN DE ESTHER CRUZ SANTAELLA



errata naturae

Dedicado a mi esposa Charlott

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2018

TÍTULO ORIGINAL: *Links wo das Herz ist*



Co-funded by the
Creative Europe Programme
of the European Union

© Aufbau Verlag GmbH & Co. KG, Berlín 1995 y 2008

© de la traducción, Esther Cruz Santaella, 2018

© Errata naturae editores, 2018

c/ Alameda 16, bajo A

28014 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-72-1

DEPÓSITO LEGAL: M-7192-2018

CÓDIGO BIC: FA

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

ÍNDICE

I	13
II	23
III	77
IV	113
V	153
VI	185
VII	219
VIII	243
IX	291
<i>Epilogo</i>	301

Michael fue el cuarto hijo no deseado, y llegó para multiplicar las penurias. Su padre, un oficial carpintero que colocaba y pulimentaba suelos de parqué —diez horas al día de rodillas, con el rostro pegado a la dura madera de haya que hubiese que pulir—, ganaba dieciocho marcos a la semana. A la mesa del comedor se reunían ojos grandes y bocados pequeños. Los cuatro hijos, dos niños y dos niñas, pasaban ocho meses al año sin suelas en los zapatos. Pero en invierno, cuando nevaba y la superficie del Meno se congelaba, ya no podían ir descalzos a la escuela.

El hecho de que su madre lograra ahorrar algo para leña y carbón, darle todas las mañanas dinero para almorzar a un padre harto de trabajar, llevar a casa zapatos y ropa de invierno para dos adultos y cuatro niños y, pese a todo, pagar el alquiler y poner sobre la mesa dos comidas diarias para seis, y todo con dieciocho marcos a la semana, era un prodigio equiparable al milagro que hizo Jesús

al dar de comer a cinco mil hambrientos con cinco panes y dos peces.

Aquella madre mañosa, curtida y triunfadora que hacía una comida apetitosa a partir de restos que otros habían tirado a los cubos de basura, y que de harapos sacaba prendas favorecedoras, tuvo que enfrentarse a un desembolso de dinero impredecible e ineludible, por cuya causa no fue capaz de volver a ahorrar en toda la infancia de Michael. El niño cayó enfermo de difteria, y su madre, para poder pagar al médico y las medicinas, tuvo que empeñar un miércoles por cinco marcos el traje de los domingos del padre, para volver a recuperarlo el sábado con cinco marcos de la paga semanal del hombre. En consecuencia, el miércoles siguiente no quedaba ni un solo *pfennig* ni un mendrugo de pan en la casa, así que la madre tuvo que volver a empeñar el traje de los domingos. Y esto siguió repitiéndose una y otra vez, de modo que la madre nunca pudo volver a ahorrar esos cinco marcos, a pesar de sus conjuros. Como los miércoles jamás quedaba pan en casa, el traje estuvo yendo a la casa de empeños durante años, para volver a salir el sábado, y regresar de nuevo el siguiente miércoles, cuando volvía a no quedar pan en casa. Durante toda su vida, la valerosa madre cargó sobre sus espaldas una cruz de largo madero.

En cualquier caso, y pese a todo, para Michael también hubo momentos de pura felicidad en los años previos a la escuela. Su madre regresa del mercado con la cesta grande llena de patatas y verduras. Michael pregunta

expectante y ansioso, sólo con los ojos, y ella agita apenada la cabeza. «¡Nada! ¡Para eso no ha dado!». El niño de cinco años no puede abandonar la esperanza, busca con la mano entre las habas y las patatas, mirando más allá de la cesta, hacia el país de la esperanza, y encuentra de repente las cinco ciruelas envueltas en una hoja de lechuga, y su madre llora de risa, porque el niño se ha sorprendido tanto con aquello que los ojos se le han hecho aún más grandes y se le ha quedado la boca abierta.

La madre de Michael, una mujer guapa, delgada, de ojos grandes y encendidos, amaba a su esposo, y era tan superior a él que éste no se dio cuenta en toda su vida.

La gran penuria, que pesa en el corazón y daña el alma, no la conocería Michael hasta llegar a la escuela.

El bofetón —precedido por una mirada de ira del profesor a los ojos del hipnotizado alumno que se prolongaba durante largos segundos— y los varazos asestados con todo ímpetu —que amorataban las puntas de los dedos y los pulpejos de las manos, o iban directos al trasero, produciendo unos habones rojos y gruesos como gusanos— no eran lo más terrible que el maestro Dürr infligía a sus cuarenta cabezas de turco. Lo más terrible era el miedo. Su método educativo consistía en transformar a los chiquillos en seres poseídos por el miedo. El temor caldeaba el aula. De noche, el miedo era el contenido de los sueños de sus estudiantes. Antiguos alumnos, ya adultos casados, seguían sobresaltándose con sus pesadillas por culpa del maestro, y se cambiaban de acera cuando en la calle se cruzaban inesperadamente con él.

Incluso en clase de religión, cuando tocaba el tema de Adán y Eva en el Paraíso y el eterno Reino de los Cielos, el maestro se paseaba con una sonrisa fanática a la espera de la respuesta equivocada, igual que un domador, vara en mano, como si no estuviese preparando a cuarenta niños para emprender su camino en la vida, sino a cuarenta bestias para domesticarlas. Utilizaba su abrumadora autoridad para exterminar la personalidad de sus alumnos y llevaba a cabo una exhaustiva aniquilación de sus almas. Al poco tiempo, la mayoría eran criaturas con todos los atributos del sumiso, material listo para la siguiente autoridad —el sargento en el patio del cuartel—, y los más sensibles llevaban en la frente el sello de candidatos a ingresar en el manicomio.

En especial, temían su sonrisa. Cuando por las mañanas, al comenzar las clases, gritaba: «¡Cálculo mental!», sonreía desde la altura de su mesa durante un rato en mitad del silencio sepulcral, hasta que el miedo hacía que los cuarenta chiquillos se bloquearan mentalmente. El temor a ser el blanco de la pregunta, un temor que nublaba los sentidos, habría imposibilitado al mismísimo Immanuel Kant calcular con diez años que ocho por siete son cincuenta y seis.

A Michael, un chiquillo sensible que antes de ir a la escuela hablaba con fluidez y, bajo el yugo del maestro, se había vuelto tartamudo de repente —un padecimiento que no volvería a superar hasta pasadas varias décadas—, ya no le dirigía pregunta alguna, dado que lo consideraba demasiado tonto para que de él pudiera salir algo y, en

cualquier caso, nunca iba a llegar a nada en la vida. El maestro había colocado al tartamudo en la última banca, solo. Lo interpelaba alguna que otra vez, únicamente para entretenimiento de la clase, y todos tenían permiso para reírse de Michael, junto con el maestro, cuando el niño daba, entre tartamudeos, la respuesta equivocada.

Al salir de la escuela después de siete años, Michael era un joven herido de gravedad. De hecho, si no se suicidó fue tan sólo porque aún no era consciente de que las personas, cuando ya no pueden más, se suicidan. En realidad, sin saberlo, protagonizó varios intentos de suicidio. Su convicción de que no valía para nada y de que era el más tonto de todos desembocaba a veces en ataques repentinos de un salvajismo descontrolado. En aquellos momentos, para demostrarse a sí mismo y a sus amigos de la calle que era capaz de todo, corría al galope sobre el puente del Meno, por la balastrada estrecha de piedra que quedaba a la altura de una casa por encima de la superficie del agua, en una carrera contra la muerte; o bien trepaba hasta lo alto de la torre de la iglesia, saltando de una cornisa a otra, separadas por veinte metros. En dos ocasiones, a Michael, que no sabía nadar y quería demostrar a sus amigos que podía pasar buceando bajo una balsa, lo habían llevado a casa casi muerto, sin que se enterase su madre.

Los intentos de suicidio inconscientes sólo cesaron cuando cumplió diecisiete años y acabó su aprendizaje junto a un maestro herrero. En aquella época, surgió el anhelo de algo a lo que Michael no sabía dar contenido. Ansiaba ser «algo», pero no sabía qué. Obviamente, él,

que había estado sentado solo en la última bancada, no podía hacerse médico ni abogado. Preguntaba constantemente a la nada, desgarrado por una aspiración incierta y sin rumbo, y no encontraba respuesta. Su situación era la de una planta joven que termina cubierta por un estrato tan denso de ceniza que no puede seguir creciendo. Durante años estuvo una y otra vez dándole vueltas ante un torno a lo que podría llegar a ser, y con eso no logró más que terminar convirtiéndose en un mal herrero. La presión bajo el pecho no cedía.

Una tarde de domingo, delante del espejo, Michael dibujó en una hoja de papel su ojo izquierdo a tamaño natural y, encima la ceja, con todos y cada uno de los pelos, las pestañas. El ojo izquierdo, dibujado con la mayor de las precisiones —como el conejo de Durero, sólo que no tan bueno—, lo miraba. Sin saber aún lo que ocurriría, empezó a dibujar también el derecho, casualmente a la distancia correcta del izquierdo. En cuanto el segundo ojo estuvo listo, Michael se preguntó: «¿Y por qué no hago ahora la nariz en medio y la boca debajo?».

Después de diez horas, Michael, que en un principio sólo había querido dibujar un ojo, miraba fijamente su autorretrato, encendido de repente por un inexplicable entusiasmo al asaltarle la idea de que quizá podría llegar a ser pintor. La sensación de alivio que le invadió lo elevó a las nubes.

El sábado siguiente por la tarde, Michael ordenó, como de costumbre, su banco de trabajo, recogió las limaduras en un montón de virutas viejas —también las del torno

ante el cual, durante años, había estado dándole vueltas en vano a qué sería en la vida— y le dijo a su maestro que el lunes no pensaba volver. Al preguntarle el asombrado maestro el motivo, sólo respondió que debía irse de Wurzburg. La explicación no tenía ningún sentido para el maestro. Sin embargo, como siempre había sido de la opinión de que Michael era más terco que el más obstinado de los mulos, no intentó detenerlo.

El lunes llegó la despedida de Michael. Su madre lloró. Indeciso sobre la dirección que debería tomar, se quedó parado delante de la casa, en la calle, y se preguntó dónde podría convertirse en un mejor artista, si río arriba o río abajo. Y, como en aquel momento pasó un carretero que llevaba el caballo cogido por las riendas a la herrería, río arriba, también él fue en aquella dirección.

El propósito de Michael era emplearse con un pintor de brocha gorda durante los meses de verano, que era cuando estos profesionales estaban mejor pagados. Los meses de invierno, en los que escaseaba aquel tipo de trabajo, podría dedicarse a su obra con el dinero que hubiese ahorrado. Tenía veintitrés años.

El recién construido matadero del municipio de Rothernburg ob der Tauber quedaba a dos kilómetros de la pequeña ciudad, apartado en mitad de unos prados plagados de flores, en una parcela cercada por una empalizada y considerablemente más grande que los campos de todos los mataderos de Chicago.

Michael tenía que darle dos manos de pintura al aceite a la valla —que describía un óvalo grande, inabarcable, y

estaba compuesta por más de quinientas mil estacas—: dos por la parte exterior y dos por la parte interior.

Sólo con unos buenos prismáticos habría sido alguien capaz de divisar desde el arco sur de la valla-óvalo la figurita que hacía movimientos de brocha en el arco norte, arriba y abajo, arriba y abajo.

Al final, Michael pasó los tres preciosos meses de verano del año 1905 pintando la empalizada. Ante sus ojos, desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, sólo había estacas. Pintó la valla una vez desde fuera hacia dentro, otra de dentro hacia fuera. Incluso de noche, dormido y en sueños, pintaba estacas. Sólo había estacas y espacios vacíos entre estacas.

Cuando se presentó un lunes por la mañana a las seis en punto de nuevo delante de la valla para empezar con la segunda capa, clavó la mirada llena de horror en las estacas pintadas de verde hierba y se quedó mirando entre los espacios intermedios a la distante hilera de estacas situada enfrente, a la que no llegaría hasta transcurridos unos meses. Y se sintió incapaz de empezar. Sacó el cuaderno de bocetos y dibujó el manojito de dientes de león que florecía al borde del prado. Trazó todas las puntas de las hojas dentadas y, con mayor esmero, también todas las hojitas de las flores turgentes del amarillo de las trompetas.

«Si vuelve a pasar algo semejante, puede irse usted al infierno», le advirtió el maestro pintor, que se había acercado sin hacer ruido hasta colocarse detrás de Michael y había pasado un rato observando, indignado, cómo dibujaba su pintor de brocha gorda.

Tras marcharse el maestro, Michael se dijo que el artista ha de hacer cualquier sacrificio por su arte; sin embargo, en ningún caso éste debía ser tan grande como para que el artista, por su causa, acabase destrozado y se volviera imbecil. Dejó caer la brocha en el cubo, haciendo salpicar el color, y atravesó el prado, en aquella ocasión, río abajo.

Después de pasar un mes en Frankfurt am Main pintando junto con cuatro colegas el puente de hierro sobre el río, en un color gris acero con base de aceite, Michael se marchó a Múnich, con sus ahorros de sesenta marcos en un monedero colgado sobre el pecho; una cantidad más que suficiente para convertirse en el más famoso de los pintores.